An illustration of a woman with short brown hair, wearing a wide-brimmed purple hat with a red flower, a green textured coat over a red vest and a white polka-dot turtleneck, and a purple skirt. She is holding a wooden pole that supports a white banner. The banner is positioned in the upper right quadrant of the image. The background is a light blue sky with soft white clouds, framed by a large, golden-yellow circular border with a textured, slightly irregular edge. The overall style is soft and illustrative, typical of children's book art.

PALABRAS
PARA REGALAR

Rosa Peris
IGUALDAD

PALABRAS PARA REGALAR

Palabras para Regalar es un Proyecto de la Concejalía de Igualdad del Ayuntamiento de Fuenlabrada.

Dirigido por Silvia Buabent, Concejala de Igualdad

**Conversación con Rosa Peris el 3 de Diciembre de 2012
en Hotel de las Letras de Madrid**

Idea original, diseño y realización:

Luz Martínez Ten

Rosa Escapa Garrachón

Mariel Bajo Hervás

Cristina Mochales Modroño

Con la colaboración de Laura López Machin

Ilustraciones, diseño y maquetación:

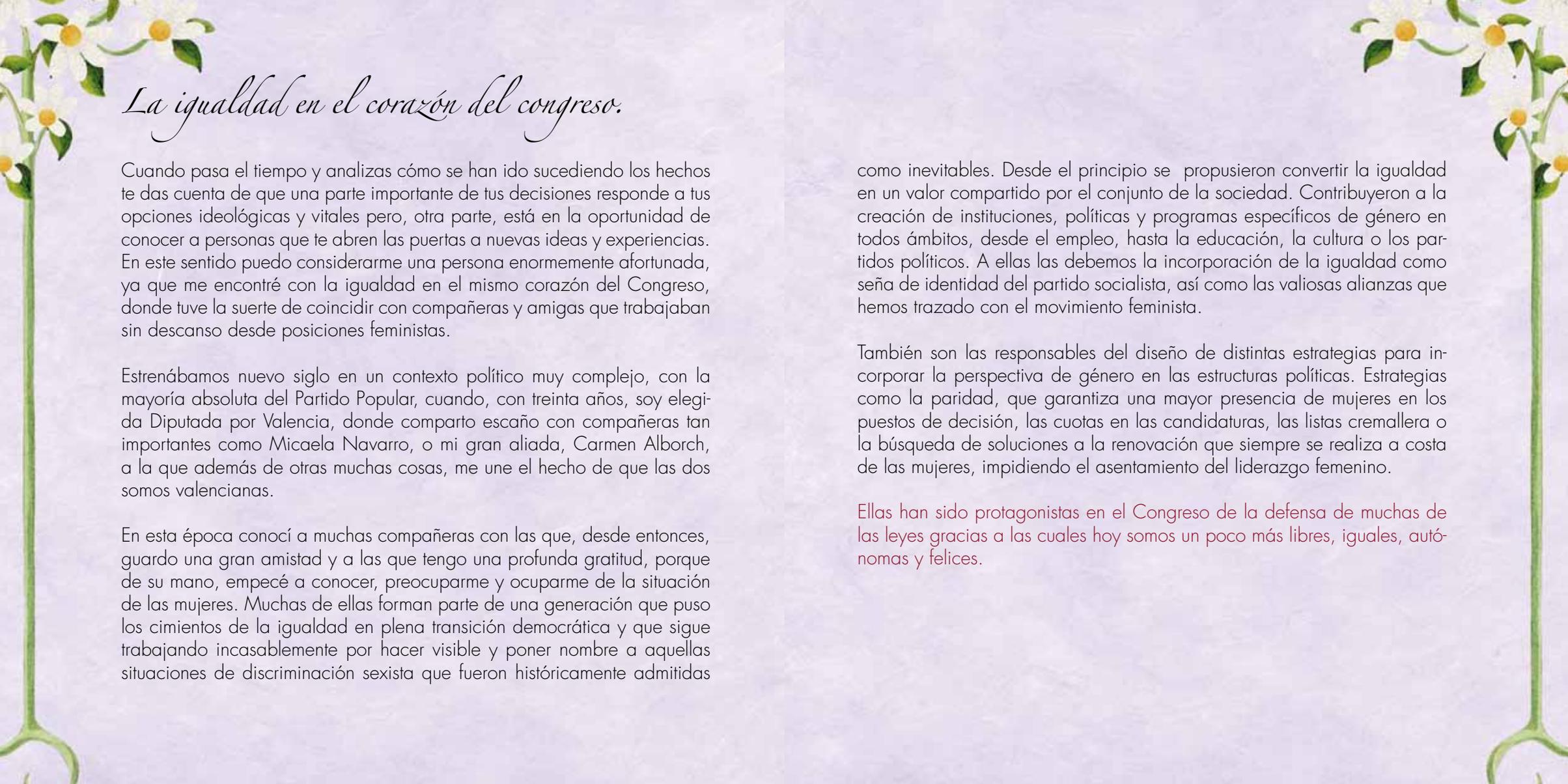
Mónica Carretero



IGUALDAD
Rosa Peris

Fue la pasión por la justicia la que me llevó a colocarme unas gafas violetas que me mostraron que la igualdad es mucho más que un regalo, es el derecho a vivir en una sociedad justa que garantice la igualdad que a las mujeres nos fue negada durante siglos.





La igualdad en el corazón del congreso.

Cuando pasa el tiempo y analizas cómo se han ido sucediendo los hechos te das cuenta de que una parte importante de tus decisiones responde a tus opciones ideológicas y vitales pero, otra parte, está en la oportunidad de conocer a personas que te abren las puertas a nuevas ideas y experiencias. En este sentido puedo considerarme una persona enormemente afortunada, ya que me encontré con la igualdad en el mismo corazón del Congreso, donde tuve la suerte de coincidir con compañeras y amigas que trabajaban sin descanso desde posiciones feministas.

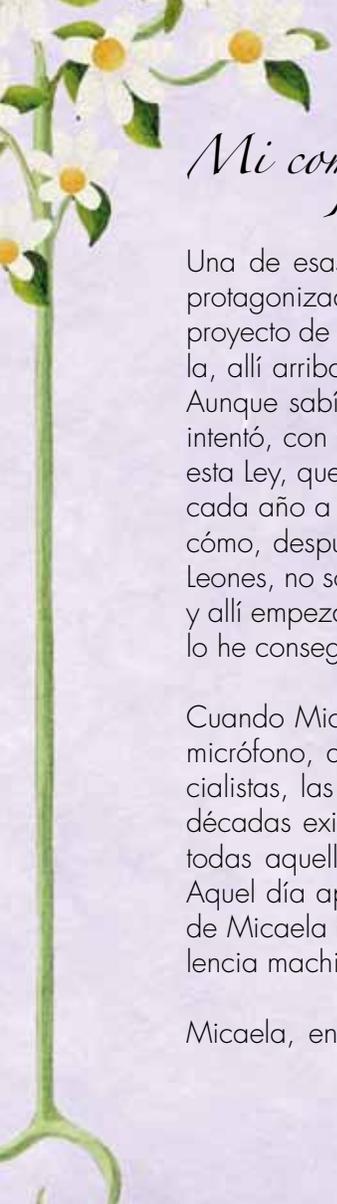
Estrenábamos nuevo siglo en un contexto político muy complejo, con la mayoría absoluta del Partido Popular, cuando, con treinta años, soy elegida Diputada por Valencia, donde comparto escaño con compañeras tan importantes como Micaela Navarro, o mi gran aliada, Carmen Alborch, a la que además de otras muchas cosas, me une el hecho de que las dos somos valencianas.

En esta época conocí a muchas compañeras con las que, desde entonces, guardo una gran amistad y a las que tengo una profunda gratitud, porque de su mano, empecé a conocer, preocuparme y ocuparme de la situación de las mujeres. Muchas de ellas forman parte de una generación que puso los cimientos de la igualdad en plena transición democrática y que sigue trabajando incasablemente por hacer visible y poner nombre a aquellas situaciones de discriminación sexista que fueron históricamente admitidas

como inevitables. Desde el principio se propusieron convertir la igualdad en un valor compartido por el conjunto de la sociedad. Contribuyeron a la creación de instituciones, políticas y programas específicos de género en todos ámbitos, desde el empleo, hasta la educación, la cultura o los partidos políticos. A ellas las debemos la incorporación de la igualdad como seña de identidad del partido socialista, así como las valiosas alianzas que hemos trazado con el movimiento feminista.

También son las responsables del diseño de distintas estrategias para incorporar la perspectiva de género en las estructuras políticas. Estrategias como la paridad, que garantiza una mayor presencia de mujeres en los puestos de decisión, las cuotas en las candidaturas, las listas cremallera o la búsqueda de soluciones a la renovación que siempre se realiza a costa de las mujeres, impidiendo el asentamiento del liderazgo femenino.

Ellas han sido protagonistas en el Congreso de la defensa de muchas de las leyes gracias a las cuales hoy somos un poco más libres, iguales, autónomas y felices.

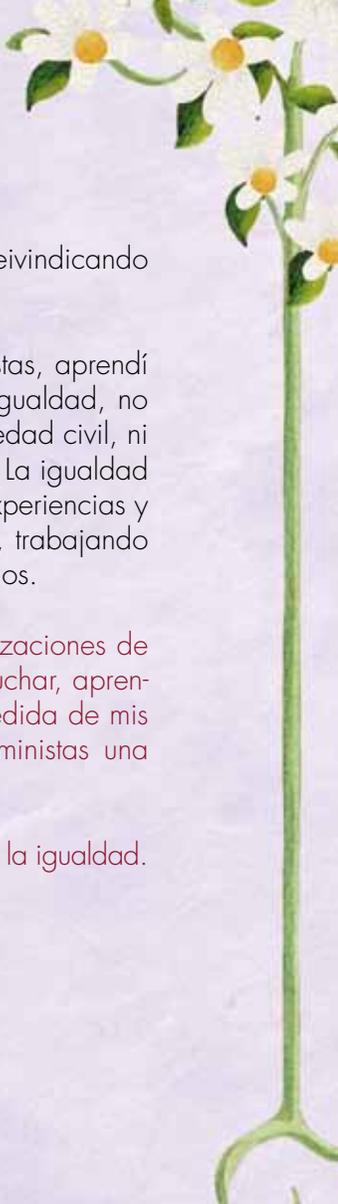


Mi compromiso con el movimiento de mujeres.

Una de esas actuaciones que hoy recuerdo con intensa emoción fue la protagonizada por Micaela Navarro, en el año 2002, cuando presentó el proyecto de Ley contra la violencia de género. Todavía puedo ver a Micaela, allí arriba, en la tribuna, defendiendo con pasión la propuesta de Ley. Aunque sabíamos que el Partido Popular iba a votar en contra, Micaela, intentó, con todas sus fuerzas, convencer a sus señorías de la urgencia de esta Ley, que podía intentar salvar la vida de mujeres que eran asesinadas cada año a manos de sus maridos o compañeros sentimentales. Recuerdo cómo, después de la votación, muchas diputadas salimos al patio de los Leones, no solo del Partido Socialista, también de Izquierda Unida, de CIU y allí empezaron a aplaudir a Micaela. Ella lloraba diciendo- "lo siento, no lo he conseguido".

Cuando Micaela se subió a la tribuna no estaba sola. A su lado, ante el micrófono, delante de sus señorías, estábamos todas las compañeras socialistas, las compañeras de las organizaciones de mujeres que llevaban décadas exigiendo una política integral contra la violencia de género, y todas aquellas de otros partidos que compartían la urgencia de la Ley. Aquel día aprendí que nunca nos podemos dar por vencidas. La defensa de Micaela fue un paso muy importante en el camino por erradicar la violencia machista.

Micaela, en ese momento, no consiguió la aprobación de la Ley, pero

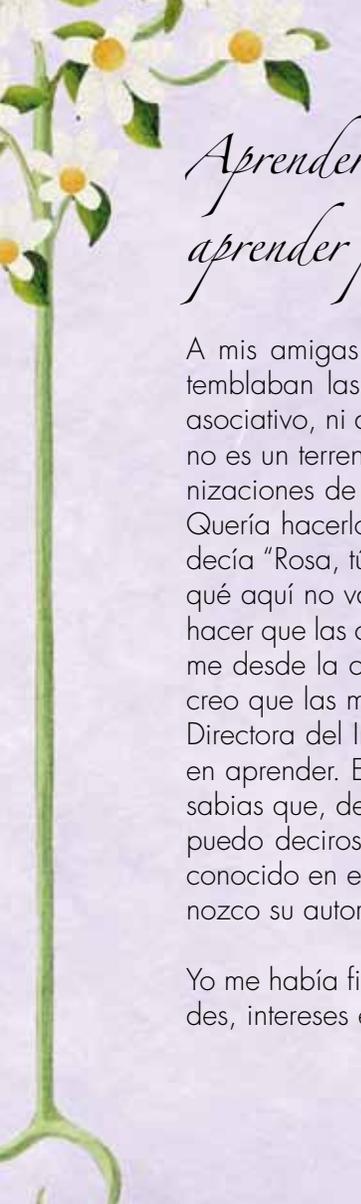


su esfuerzo fue determinante para seguir caminando juntas, reivindicando nuestro derecho a vivir en paz, sin violencia y sin miedo.

Por eso, de la mano de mis compañeras feministas y socialistas, aprendí a mirar de otra manera. Comprendí que el proyecto de la igualdad, no podemos hacerlo sólo desde la política, ni sólo desde la sociedad civil, ni sólo desde las universidades o desde el movimiento feminista. La igualdad es el resultado de la unión de nuestras voces, necesidades, experiencias y esfuerzos. Y allí estamos todas. Sólo caminando de la mano, trabajando por los mismos objetivos, llegaremos tan lejos como imaginemos.

Fue en el Congreso donde descubrí la riqueza de las organizaciones de mujeres, a las que siempre me acerco con respeto, para escuchar, aprender, colaborar y, si me permites la expresión, cuidar en la medida de mis posibilidades, porque siento por todas las compañeras feministas una profunda gratitud.

Fue en el Congreso donde sellé mi compromiso en la defensa de la igualdad.



*Aprender de las demás, aprender para liderar,
aprender para saber.*

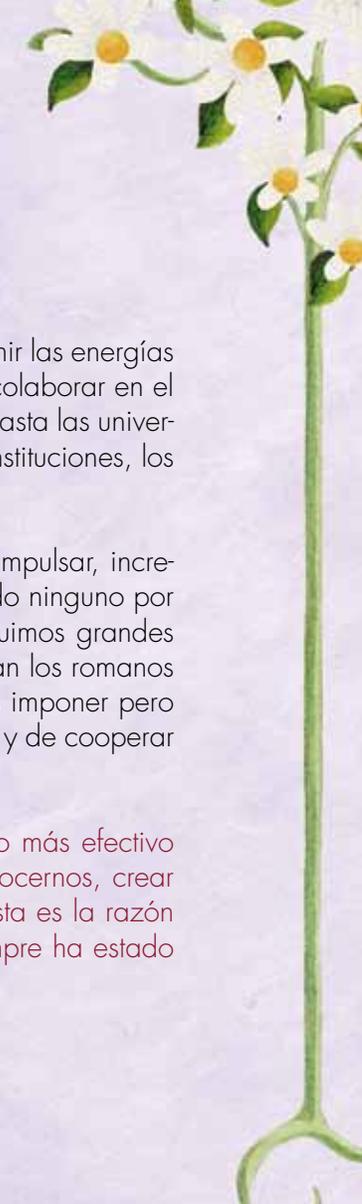
A mis amigas les cuento que cuando llegué al Instituto de la Mujer me temblaban las piernas. Era muy consciente de que no venía del mundo asociativo, ni del ámbito feminista, sino de la práctica política que, aunque no es un terreno fácil para nosotras, es un espacio muy distinto a las organizaciones de mujeres. Estaba obsesionada con la idea de no defraudar. Quería hacerlo bien. No podía permitirme fallar y para tranquilizarme me decía "Rosa, tú siempre has hecho las cosas medianamente bien, a ver por qué aquí no vas a ser capaz". Ya cuando era pequeña me empeñaba en hacer que las cosas salieran como me las imaginaba. Aprendí a relacionarme desde la colaboración, no desde la imposición del poder, con el que creo que las mujeres nos entendemos mal. Así que cuando me nombraron Directora del Instituto de la Mujer, dediqué todo mi empeño y mi esfuerzo en aprender. Empleé muchas horas en escuchar a mujeres feministas, muy sabias que, de forma muy generosa, me prestaron todo su apoyo. Es más, puedo deciros sin falsa modestia, que la mayoría de las mujeres que he conocido en el feminismo sabían muchísimo más que yo. A todas las reconozco su autoridad y de todas he aprendido.

Yo me había fijado dos objetivos, por una parte, responder a las necesidades, intereses e iniciativas de las mujeres y por otra, conseguir avanzar en

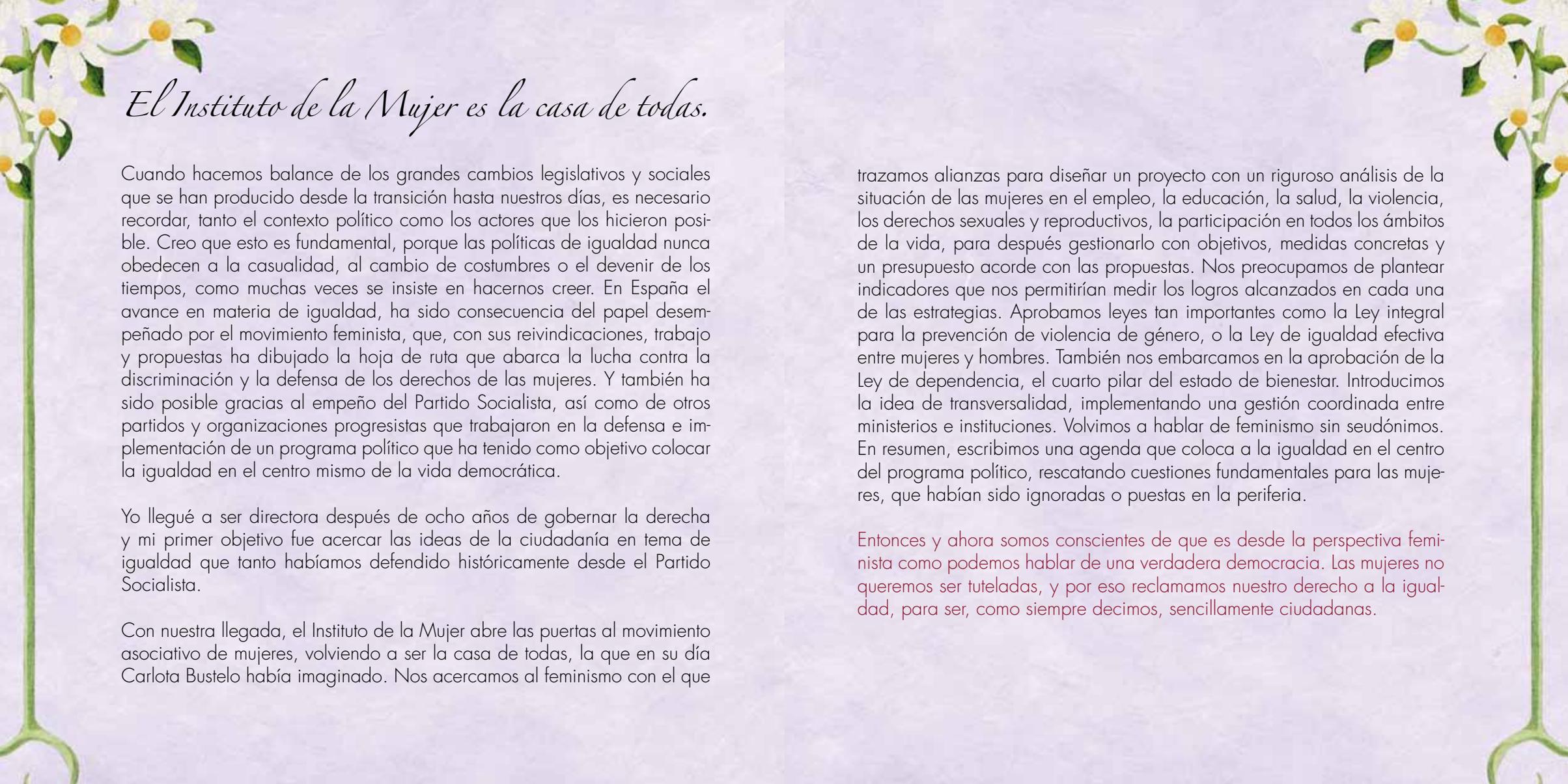
la consecución de la igualdad, para lo cual era necesario unir las energías y coordinarnos con todas las personas que se brindaran a colaborar en el proyecto que proponíamos, desde el movimiento feminista, hasta las universidades, contando con las asociaciones de los barrios, las instituciones, los partidos políticos, los ayuntamientos y los sindicatos.

Y lo hice desde el desarrollo de alianzas que ayudaran a impulsar, incrementar o crear nuevos proyectos. No recuerdo haber iniciado ninguno por imposición o sin diálogo. En todos, sin excepción, conseguimos grandes consensos, tanto dentro del Instituto, como fuera. Ya lo decían los romanos ¿no? "Autoritas frente a la potestas". Desde el poder puedes imponer pero no convences, y la autoridad real viene de generar sinergias y de cooperar para construir un proyecto común.

Para mí, el tiempo que empleamos en el diálogo es mucho más efectivo que imponer decisiones. Es un tiempo que nos permite conocernos, crear redes y construir desde la colaboración y el intercambio. Ésta es la razón por la que mi despacho, como el Instituto de la Mujer, siempre ha estado abierto para escuchar, conversar, explicar y colaborar.







El Instituto de la Mujer es la casa de todas.

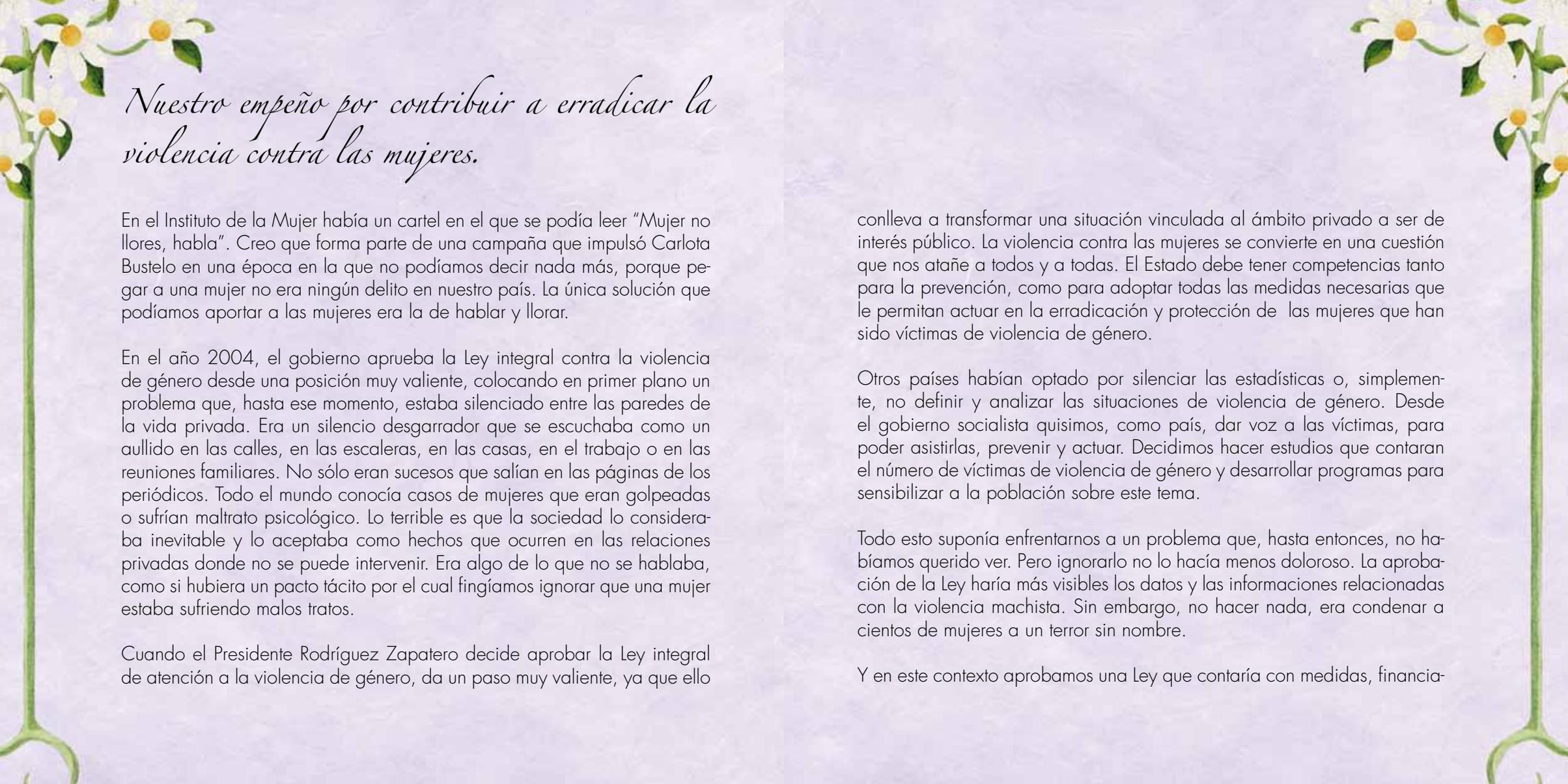
Cuando hacemos balance de los grandes cambios legislativos y sociales que se han producido desde la transición hasta nuestros días, es necesario recordar, tanto el contexto político como los actores que los hicieron posible. Creo que esto es fundamental, porque las políticas de igualdad nunca obedecen a la casualidad, al cambio de costumbres o el devenir de los tiempos, como muchas veces se insiste en hacernos creer. En España el avance en materia de igualdad, ha sido consecuencia del papel desempeñado por el movimiento feminista, que, con sus reivindicaciones, trabajo y propuestas ha dibujado la hoja de ruta que abarca la lucha contra la discriminación y la defensa de los derechos de las mujeres. Y también ha sido posible gracias al empeño del Partido Socialista, así como de otros partidos y organizaciones progresistas que trabajaron en la defensa e implementación de un programa político que ha tenido como objetivo colocar la igualdad en el centro mismo de la vida democrática.

Yo llegué a ser directora después de ocho años de gobernar la derecha y mi primer objetivo fue acercar las ideas de la ciudadanía en tema de igualdad que tanto habíamos defendido históricamente desde el Partido Socialista.

Con nuestra llegada, el Instituto de la Mujer abre las puertas al movimiento asociativo de mujeres, volviendo a ser la casa de todas, la que en su día Carlota Bustelo había imaginado. Nos acercamos al feminismo con el que

trazamos alianzas para diseñar un proyecto con un riguroso análisis de la situación de las mujeres en el empleo, la educación, la salud, la violencia, los derechos sexuales y reproductivos, la participación en todos los ámbitos de la vida, para después gestionarlo con objetivos, medidas concretas y un presupuesto acorde con las propuestas. Nos preocupamos de plantear indicadores que nos permitirían medir los logros alcanzados en cada una de las estrategias. Aprobamos leyes tan importantes como la Ley integral para la prevención de violencia de género, o la Ley de igualdad efectiva entre mujeres y hombres. También nos embarcamos en la aprobación de la Ley de dependencia, el cuarto pilar del estado de bienestar. Introducimos la idea de transversalidad, implementando una gestión coordinada entre ministerios e instituciones. Volvimos a hablar de feminismo sin seudónimos. En resumen, escribimos una agenda que coloca a la igualdad en el centro del programa político, rescatando cuestiones fundamentales para las mujeres, que habían sido ignoradas o puestas en la periferia.

Entonces y ahora somos conscientes de que es desde la perspectiva feminista como podemos hablar de una verdadera democracia. Las mujeres no queremos ser tuteladas, y por eso reclamamos nuestro derecho a la igualdad, para ser, como siempre decimos, sencillamente ciudadanas.



Nuestro empeño por contribuir a erradicar la violencia contra las mujeres.

En el Instituto de la Mujer había un cartel en el que se podía leer “Mujer no llores, habla”. Creo que forma parte de una campaña que impulsó Carlota Bustelo en una época en la que no podíamos decir nada más, porque pegar a una mujer no era ningún delito en nuestro país. La única solución que podíamos aportar a las mujeres era la de hablar y llorar.

En el año 2004, el gobierno aprueba la Ley integral contra la violencia de género desde una posición muy valiente, colocando en primer plano un problema que, hasta ese momento, estaba silenciado entre las paredes de la vida privada. Era un silencio desgarrador que se escuchaba como un aullido en las calles, en las escaleras, en las casas, en el trabajo o en las reuniones familiares. No sólo eran sucesos que salían en las páginas de los periódicos. Todo el mundo conocía casos de mujeres que eran golpeadas o sufrían maltrato psicológico. Lo terrible es que la sociedad lo consideraba inevitable y lo aceptaba como hechos que ocurren en las relaciones privadas donde no se puede intervenir. Era algo de lo que no se hablaba, como si hubiera un pacto tácito por el cual fingíamos ignorar que una mujer estaba sufriendo malos tratos.

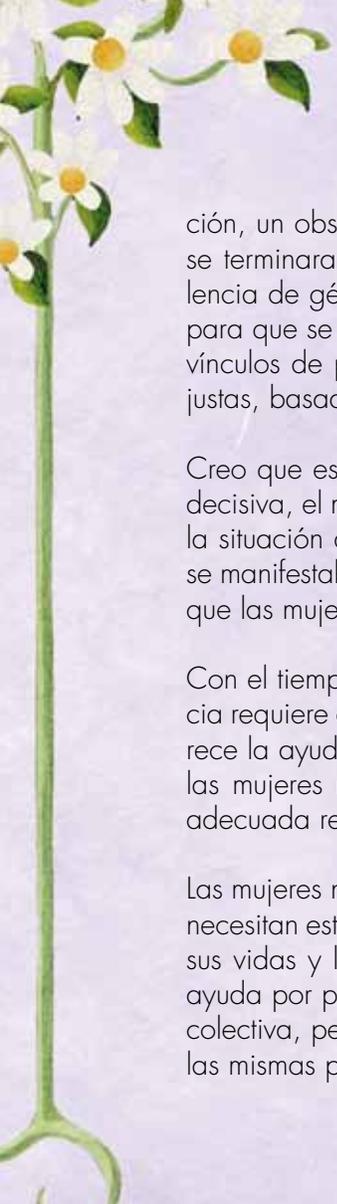
Cuando el Presidente Rodríguez Zapatero decide aprobar la Ley integral de atención a la violencia de género, da un paso muy valiente, ya que ello

conlleva a transformar una situación vinculada al ámbito privado a ser de interés público. La violencia contra las mujeres se convierte en una cuestión que nos atañe a todos y a todas. El Estado debe tener competencias tanto para la prevención, como para adoptar todas las medidas necesarias que le permitan actuar en la erradicación y protección de las mujeres que han sido víctimas de violencia de género.

Otros países habían optado por silenciar las estadísticas o, simplemente, no definir y analizar las situaciones de violencia de género. Desde el gobierno socialista quisimos, como país, dar voz a las víctimas, para poder asistirles, prevenir y actuar. Decidimos hacer estudios que contaran el número de víctimas de violencia de género y desarrollar programas para sensibilizar a la población sobre este tema.

Todo esto suponía enfrentarnos a un problema que, hasta entonces, no habíamos querido ver. Pero ignorarlo no lo hacía menos doloroso. La aprobación de la Ley haría más visibles los datos y las informaciones relacionadas con la violencia machista. Sin embargo, no hacer nada, era condenar a cientos de mujeres a un terror sin nombre.

Y en este contexto aprobamos una Ley que contaría con medidas, financia-



ción, un observatorio y especialistas. Y lo hicimos aun sabiendo que cuando se terminara nuestro mandato, no habríamos conseguido poner fin a la violencia de género porque se necesita una Ley, recursos, pero también tiempo, para que se produzcan cambios culturales muy profundos que transformen los vínculos de pareja sostenidos en la desigualdad y poder, en relaciones más justas, basadas en el respeto, el reconocimiento mutuo y la igualdad.

Creo que es justo decir que a la aprobación de la Ley contribuyó, de forma decisiva, el movimiento feminista que trabajó de forma constante denunciando la situación de las víctimas. Cada veinticinco de noviembre las asociaciones se manifestaban en las plazas reclamando soluciones. Era preciso actuar para que las mujeres tuvieran una vida digna, segura y sin violencia.

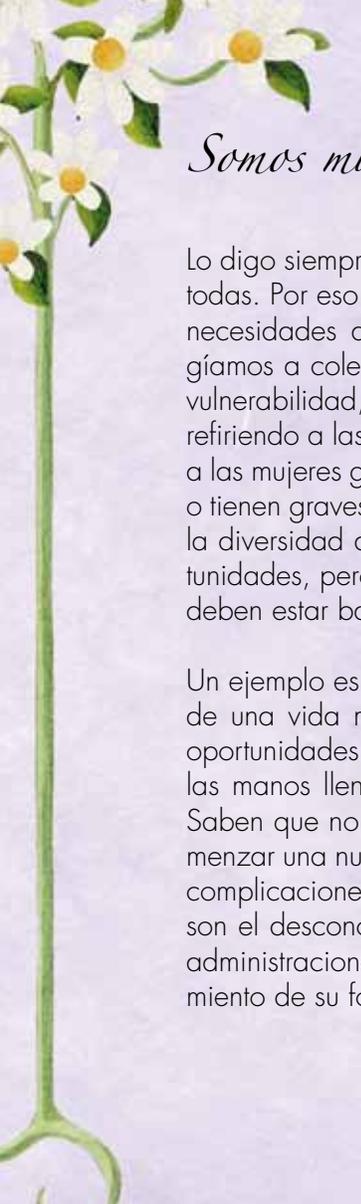
Con el tiempo me reafirmo en la idea de que actuar en situaciones de violencia requiere de recursos adecuados y una atención constante, y que si desaparece la ayuda, es posible que sea menos visible, pero no menos real, porque las mujeres no denuncian cuando sienten que no van a recibir la atención adecuada resignándose a vivir en el infierno.

Las mujeres necesitan creer en las instituciones, necesitan creer que es verdad, necesitan estar convencidas de que si presentan una denuncia inmediatamente sus vidas y las de sus hijos e hijas van a estar protegidas. Si no existe esta ayuda por parte del Estado, los malos tratos desaparecerán de la conciencia colectiva, pero no de la realidad de las mujeres. Las víctimas seguirán siendo las mismas pero las enterraremos en el silencio.

En el Instituto de la Mujer aprendí los nombres de muchas mujeres que pudieron rehacer sus vidas y de otras muchas cuyas vidas fueron arrebatadas. Hoy no quiero que sean olvidadas, no quiero que se acallen sus voces, no quiero dar la espalda a una situación que nos concierne a todas y a todos.

Para erradicar la violencia contra las mujeres necesitamos hacerla frente aunque visibilizarla nos haga daño. Siempre duele más el recuerdo de las que ya no están.

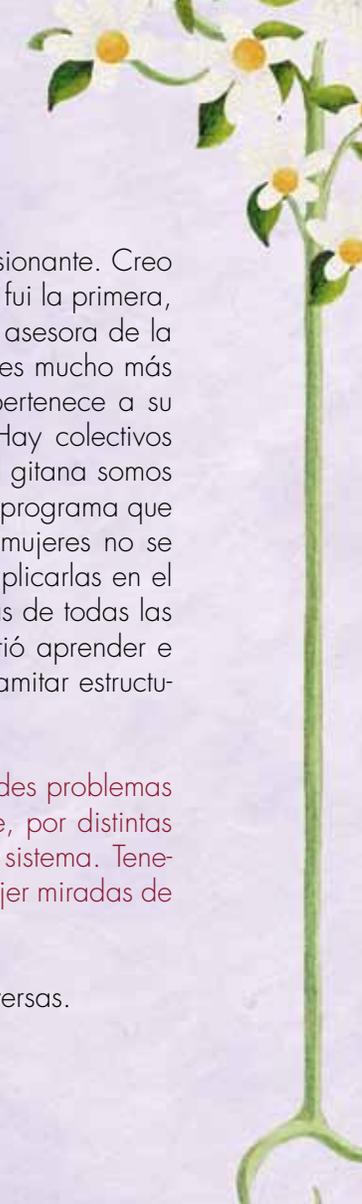




Somos muchas y diversas.

Lo digo siempre que puedo que el Instituto de la Mujer debe ser la casa de todas. Por eso desarrollábamos programas que se ajustaban a las distintas necesidades de la sociedad, esforzándonos más aún, cuando nos dirigíamos a colectivos de mujeres que estaban en una situación de especial vulnerabilidad, porque sufrían una doble o triple discriminación. Me estoy refiriendo a las mujeres mayores, inmigrantes, o con distintas capacidades, a las mujeres gitanas, a todas aquellas que han sufrido violencia de género o tienen graves dificultades económicas. Los programas deben responder a la diversidad de sus situaciones, con el fin de lograr la igualdad de oportunidades, pero ante todo, deben contar con sus opiniones e implicación y deben estar basados en el apoyo, la escucha y la ayuda.

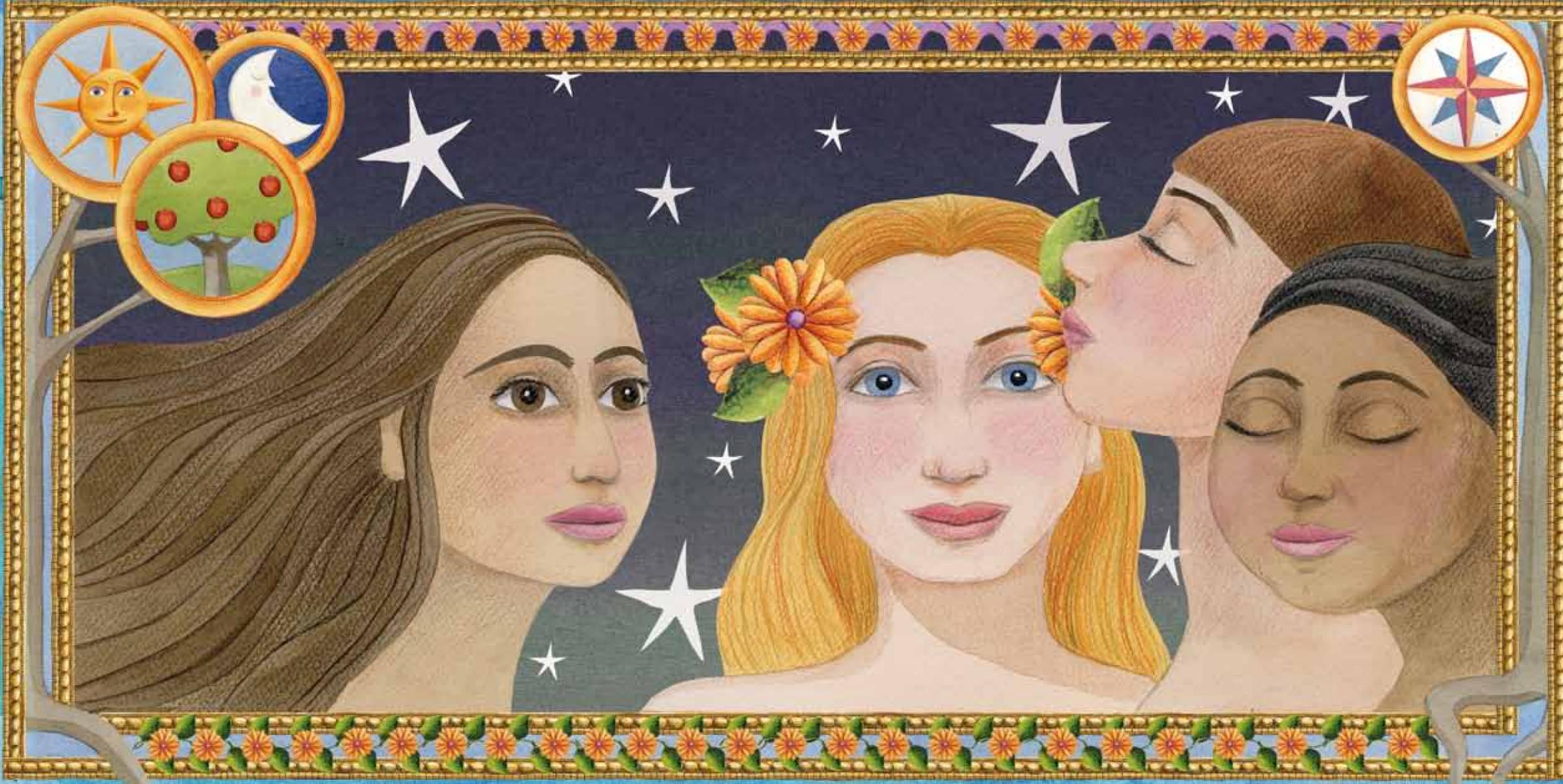
Un ejemplo es el caso de las mujeres inmigrantes, que vienen tras el sueño de una vida mejor para ellas y los suyos. Ellas confían en que tendrán oportunidades que tal vez no encuentran en su país de origen. Llegan con las manos llenas de experiencias, conocimientos, energía y esperanzas. Saben que no es fácil, y sin embargo se aventuran en lo incierto para comenzar una nueva vida. Para muchas, después de superar un viaje lleno de complicaciones, el inicio se convierte en un laberinto de problemas, como son el desconocimiento del idioma, el choque cultural, el lenguaje de las administraciones, la incertidumbre en el espacio laboral o el no reconocimiento de su formación y experiencia vital y profesional.



También con las mujeres gitanas realizamos un trabajo apasionante. Creo que más de uno pensó que yo estaba un poco loca, porque fui la primera, y la única, que conté para el Instituto de la Mujer, con una asesora de la comunidad gitana. La experiencia nos ha demostrado que es mucho más fácil realizar una labor de mediación con personas que pertenece a su misma cultura o han pasado por experiencias similares. Hay colectivos de mujeres que nos ven como extrañas. Para la comunidad gitana somos payas, y para las mujeres inmigrantes somos españolas. Un programa que puede ser extraordinario se ve abocado al fracaso si las mujeres no se sienten partícipes. Por eso, desde el principio decidimos implicarlas en el diseño de los proyectos, facilitando que fueran protagonistas de todas las fases. El resultado fue un diálogo constante que nos permitió aprender e intercambiar distintos puntos de vista y apoyarnos para dinamitar estructuras muy patriarcales que asfixian la libertad de las mujeres.

Así aprendí que, como feministas, debemos atender a grandes problemas sin descuidar la atención concreta de aquellas mujeres que, por distintas circunstancias, parecen estar situadas en los márgenes del sistema. Tenemos que tener la capacidad de apoyarnos, escucharnos y tejer miradas de complicidad que nos permitan reconocernos.

En la igualdad todas contamos, porque somos muchas y diversas.

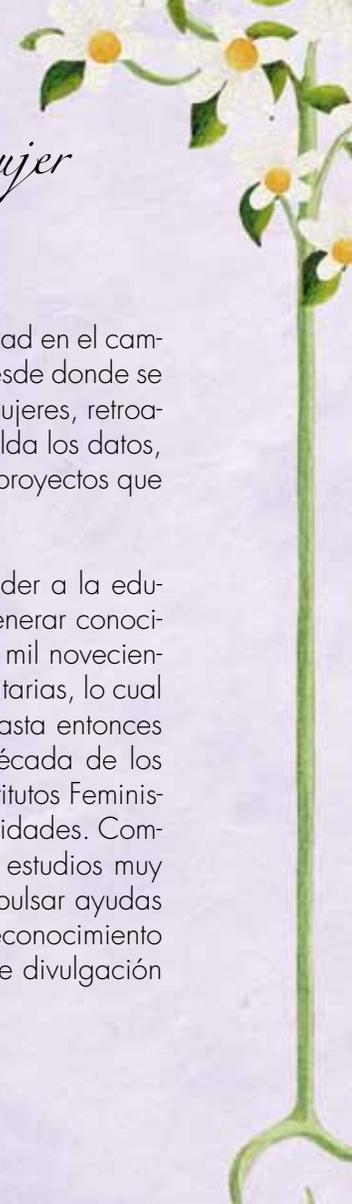




Alianzas entre el Instituto de la Mujer y la Universidad.

Es muy importante el trabajo que se realiza desde la Universidad en el campo de la investigación y el desarrollo de la teoría feminista, desde donde se ha trazado una alianza con el activismo del movimiento de mujeres, retroalimentándose en ambas direcciones. La teoría genera y respalda los datos, argumentos, y razones necesarias para seguir desarrollando proyectos que incidan en la consecución de la igualdad.

Las mujeres sabemos que cuando se nos ha impedido acceder a la educación, mutilando nuestro aprendizaje y la capacidad de generar conocimientos, es cuando más débiles hemos estado. No es hasta mil novecientos diez, cuando en España se matriculan las primeras universitarias, lo cual fue importantísimo para comenzar a ocupar espacios que hasta entonces nos habían sido prohibidos. Y hay que esperar hasta la década de los ochenta en el siglo veinte, para que se creen los primeros Institutos Feministas y los departamentos de estudios de la Mujer en las Universidades. Comparándolos con otras disciplinas, pueden considerarse unos estudios muy jóvenes. Por eso, desde el Instituto de la Mujer yo intenté impulsar ayudas para consolidar los estudios en igualdad, subrayando el reconocimiento necesario para que se promuevan investigaciones y obras de divulgación en este campo.





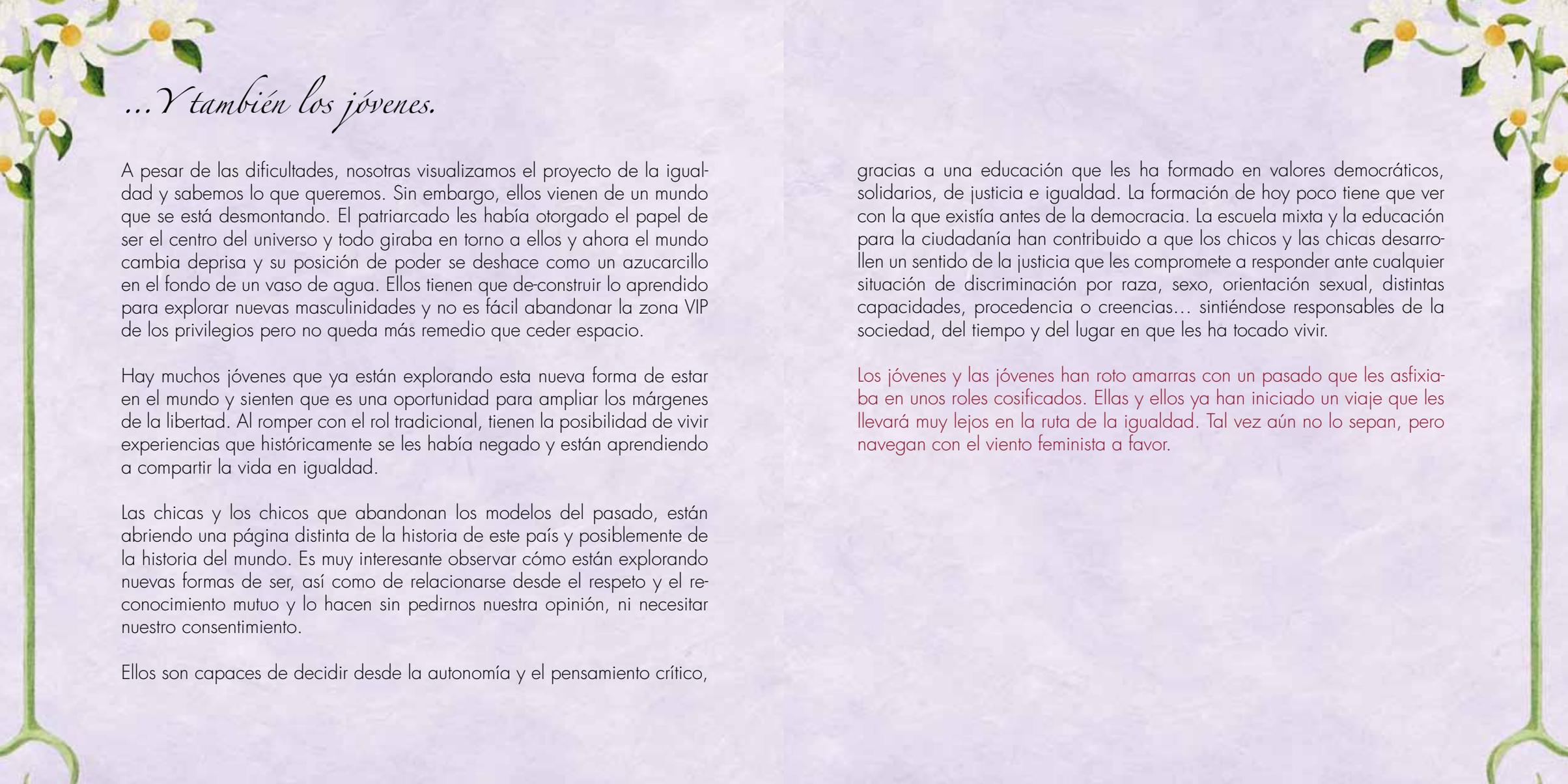
El feminismo es un camino que deben recorrer las jóvenes....

Las jóvenes que han crecido en la democracia al amparo de leyes igualitarias tienen el convencimiento de que los problemas de desigualdad a los que se enfrentaron sus abuelas y, de distinta forma sus madres, han desaparecido. No perciben la discriminación y por lo tanto no tienen la necesidad de identificarse con el feminismo. Sin embargo, la realidad es muy tozuda y a medida que van cumpliendo años, se van tropezando con obstáculos inesperados que las hacen vivir más dificultades que sus compañeros en todos los aspectos de la vida: en los estudios, en el trabajo, en la maternidad, en la participación o la pareja y es entonces cuando se vuelven hacia nosotras para preguntarnos ¿pero no nos habíais dicho que teníamos los mismos derechos? ¿por qué somos tratadas de esta forma? ¿por qué tengo yo más problemas que mis compañeros?

Y es que en su día les dijimos que habían nacido en un mundo de iguales y no es verdad. No es que las hayamos engañado es que, como dice Amélia Valcarcel, el feminismo es un trayecto que cuenta ya, con más de trescientos años de historia. Cada generación hemos ido caminando un trecho, dejando otra parte a las generaciones que vienen detrás. Aunque hoy es mucho mejor que lo que tenían nuestras madres, aún hay mucho por hacer. Las chicas jóvenes tienen que recorrer su propio trayecto, a su manera y por las vías que quieran.

Cada generación tiene que escribir de su puño y letra sobre la página en blanco de la historia del feminismo. Un día escribiremos fin, en la última página de la desigualdad.





...Y también los jóvenes.

A pesar de las dificultades, nosotras visualizamos el proyecto de la igualdad y sabemos lo que queremos. Sin embargo, ellos vienen de un mundo que se está desmontando. El patriarcado les había otorgado el papel de ser el centro del universo y todo giraba en torno a ellos y ahora el mundo cambia deprisa y su posición de poder se deshace como un azucarillo en el fondo de un vaso de agua. Ellos tienen que de-construir lo aprendido para explorar nuevas masculinidades y no es fácil abandonar la zona VIP de los privilegios pero no queda más remedio que ceder espacio.

Hay muchos jóvenes que ya están explorando esta nueva forma de estar en el mundo y sienten que es una oportunidad para ampliar los márgenes de la libertad. Al romper con el rol tradicional, tienen la posibilidad de vivir experiencias que históricamente se les había negado y están aprendiendo a compartir la vida en igualdad.

Las chicas y los chicos que abandonan los modelos del pasado, están abriendo una página distinta de la historia de este país y posiblemente de la historia del mundo. Es muy interesante observar cómo están explorando nuevas formas de ser, así como de relacionarse desde el respeto y el reconocimiento mutuo y lo hacen sin pedirnos nuestra opinión, ni necesitar nuestro consentimiento.

Ellos son capaces de decidir desde la autonomía y el pensamiento crítico,

gracias a una educación que les ha formado en valores democráticos, solidarios, de justicia e igualdad. La formación de hoy poco tiene que ver con la que existía antes de la democracia. La escuela mixta y la educación para la ciudadanía han contribuido a que los chicos y las chicas desarrollen un sentido de la justicia que les compromete a responder ante cualquier situación de discriminación por raza, sexo, orientación sexual, distintas capacidades, procedencia o creencias... sintiéndose responsables de la sociedad, del tiempo y del lugar en que les ha tocado vivir.

Los jóvenes y las jóvenes han roto amarras con un pasado que les asfixiaba en unos roles cosificados. Ellas y ellos ya han iniciado un viaje que les llevará muy lejos en la ruta de la igualdad. Tal vez aún no lo sepan, pero navegan con el viento feminista a favor.

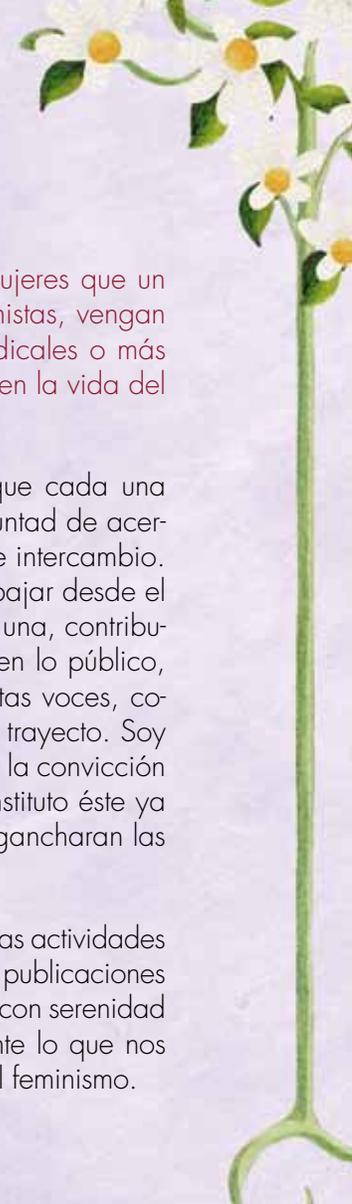


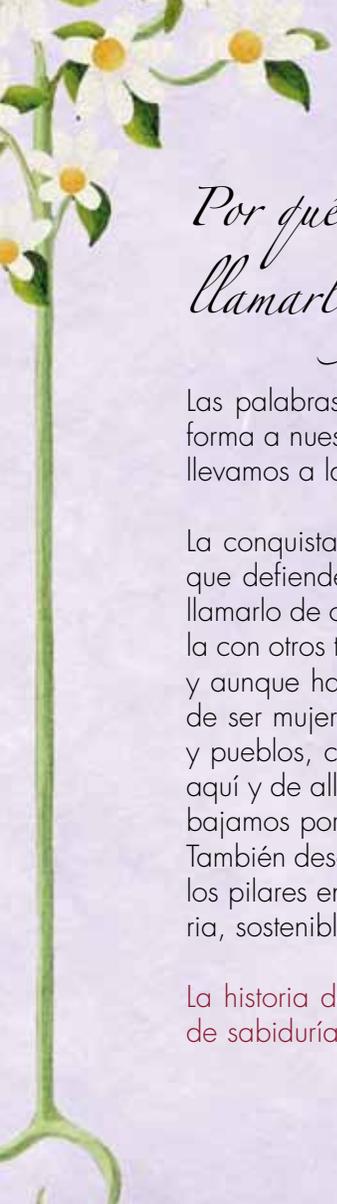
El feminismo es plural.

Siento una gran admiración y un enorme respeto por las mujeres que un día deciden trabajar por todas nosotras. Las corrientes feministas, vengan de la igualdad, de la de diferencia, de posiciones más radicales o más transgresoras, se enlazan en un tronco común que repercute en la vida del conjunto de las mujeres.

Me parece fundamental escuchar todas las opciones, porque cada una merece nuestro respeto y reconocimiento. Cuando existe voluntad de acercamiento siempre hay un punto de encuentro, colaboración e intercambio. Por eso, siendo Directora del Instituto de la Mujer, intenté trabajar desde el encuentro, pero siempre respetando la singularidad de cada una, contribuyendo a tejer esa red que nos une. Y es que, en política y en lo público, lo importante son los proyectos colectivos, la suma de distintas voces, colocarse al lado de las demás y caminar unidas por el mismo trayecto. Soy muy consciente de que todo lo que hicimos fue el resultado de la convicción y el esfuerzo de todas. Afortunadamente cuando llegué al Instituto éste ya contaba con una red, sólo había que poner los clips que engancharan las piezas, pero las piezas ya estaban.

Así fuimos construyendo un espacio común que se reflejaba en las actividades y en los programas, por ejemplo, en las convocatorias de las publicaciones todos los feminismos han encontrado su sitio. Cuando analizas con serenidad nuestras posiciones te das cuenta de que no es tan importante lo que nos separa, sino la grandeza de nuestra unión bajo el discurso del feminismo.





Por qué buscar otra palabra si podemos llamarlo feminismo.

Las palabras tienen importancia ya que son el medio con el que damos forma a nuestros pensamientos, a lo que defendemos y a las acciones que llevamos a la práctica.

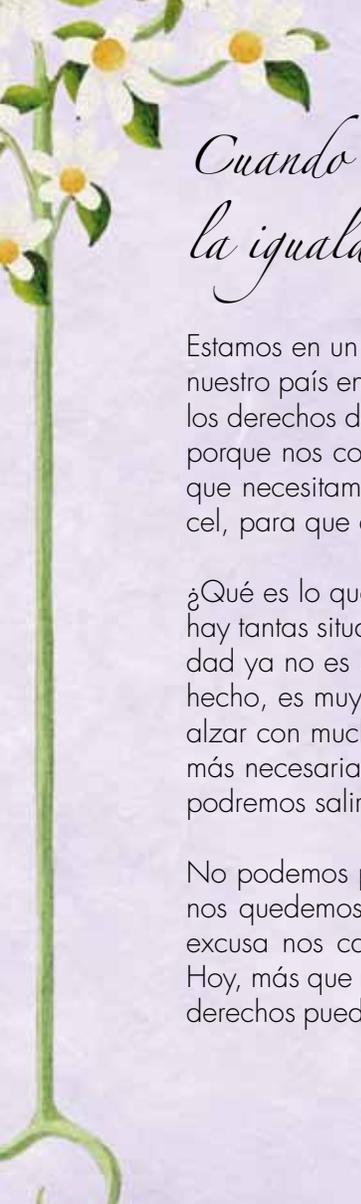
La conquista de los derechos de las mujeres y la igualdad son principios que defiende el feminismo, con el que estamos comprometidas ¿por qué llamarlo de otra forma? ¿por qué inventar otra palabra? ¿por qué disfrazarla con otros términos?. Nosotras no queremos dejar de llamarnos feministas y aunque haya gente que nos represente como bichos raros, no dejamos de ser mujeres de carne y hueso, mujeres mayores, jóvenes, de ciudades y pueblos, con formación o sin formación, trabajadoras o estudiantes, de aquí y de allá. Es decir, somos mujeres plurales y diversas, mujeres que trabajamos por conseguir una vida mejor para el conjunto de la humanidad. También desde el socialismo hemos incorporado el feminismo como uno de los pilares en la construcción de un modelo de sociedad más justa, solidaria, sostenible y equitativa.

La historia del feminismo nos ha dado grandes lecciones de humanidad, de sabiduría, de inteligencia y también de resistencia, porque a pesar de

todos los intentos por hacerlo desaparecer, sigue existiendo un movimiento que desde todos los rincones del mundo, actúa tejiendo redes y sinergias, con propuestas e iniciativas a los distintos retos a los que nos enfrentamos.

No debemos haberlo hecho tan mal si ha pesar de los ataques que recibimos, seguimos trabajando por lo que creemos.





*Cuando la crisis entra por la puerta,
la igualdad sale por la ventana.*

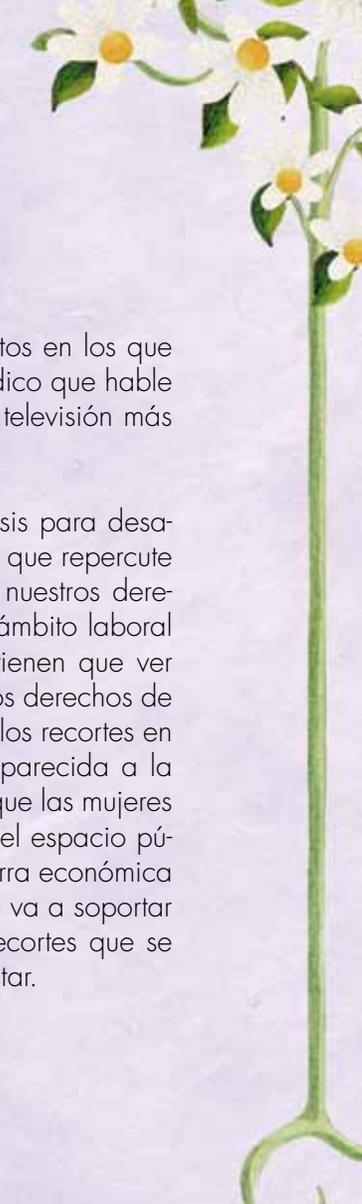
Estamos en un momento complejo y convulso en general en el mundo y en nuestro país en particular, y suele ocurrir que, cuando la situación es crítica, los derechos de las mujeres retroceden, no porque nosotras queramos, sino porque nos colocan en una situación de mayor debilidad. Podemos decir que necesitamos cierto sosiego o cierta paz, como afirma Amelia Valcárcel, para que avancen las políticas de igualdad.

¿Qué es lo que está ocurriendo ahora?. Desde mi punto de vista creo que hay tantas situaciones de emergencia que parece que trabajar por la igualdad ya no es una necesidad. No olvidemos que construir, como lo hemos hecho, es muy complejo y destruir muy fácil. Por lo tanto hoy tenemos que alzar con muchísima más fuerza la voz para decir que la igualdad es hoy más necesaria que nunca, porque solo desde la equidad y la solidaridad podremos salir de esta situación de crisis.

No podemos permitir que cada vez que el sistema se quiebra las mujeres nos quedemos en la cuneta. No es posible que utilizando la crisis como excusa nos carguemos todo lo que habíamos avanzado en estos años. Hoy, más que nunca, es necesario que seamos conscientes de que nuestros derechos pueden volver a ser invisibles y nuestras voces pueden volver a ser

silenciadas. Actualmente estamos viviendo momentos en los que cuesta encontrar un artículo de opinión en el periódico que hable de igualdad, o una entrevista en la radio o en la televisión más allá de fechas emblemáticas.

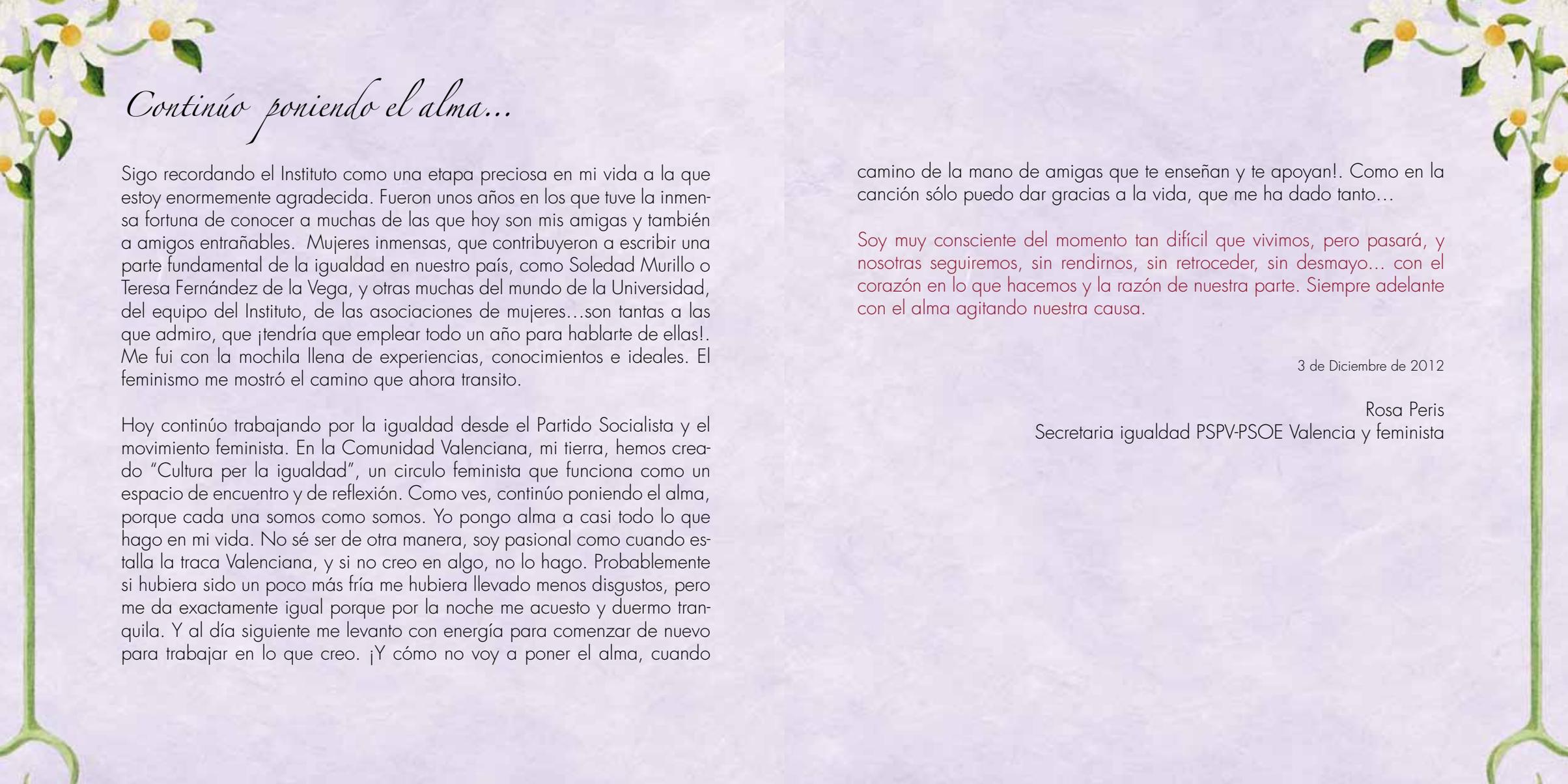
Estamos en un momento en el que se utiliza la crisis para desarrollar una estrategia ideológica muy conservadora que repercute directamente en el retroceso de los derechos, de nuestros derechos. Un ejemplo es lo que está ocurriendo en el ámbito laboral en el que ya estamos asistiendo a recortes que tienen que ver con los convenios, las medidas de conciliación o los derechos de paternidad. También las mujeres vamos a soportar los recortes en dependencia y educación. Es una situación muy parecida a la ocurrida después de las guerras mundiales, en las que las mujeres se vieron obligadas a volver al hogar, para dejar el espacio público a los varones. Estamos en un contexto de guerra económica y social, donde nos arriesgamos a ser la parte que va a soportar con nuestro sacrificio, tiempo y dedicación, los recortes que se están planteando en el maltrecho estado de bienestar.





Es posible que no tengamos todas las respuestas, pero sí tenemos claros los límites que no deben ser traspasados. Somos conscientes de que no es posible salir de la crisis a costa de los derechos y la participación de las mujeres. Por eso, es urgente que sigamos trabajando por el mundo que necesitamos y defendemos. Un mundo que no puede prescindir del talento y la energía de la mitad de la población. Un mundo que no puede levantarse de espaldas al bienestar de todas las personas. Un mundo que no puede crecer sin garantizar los derechos y el bienestar de todos y cada uno de los seres humanos.

Un mundo que necesita avanzar desde los valores de igualdad, justicia, sostenibilidad y solidaridad.



Continúo poniendo el alma...

Sigo recordando el Instituto como una etapa preciosa en mi vida a la que estoy enormemente agradecida. Fueron unos años en los que tuve la inmensa fortuna de conocer a muchas de las que hoy son mis amigas y también a amigos entrañables. Mujeres inmensas, que contribuyeron a escribir una parte fundamental de la igualdad en nuestro país, como Soledad Murillo o Teresa Fernández de la Vega, y otras muchas del mundo de la Universidad, del equipo del Instituto, de las asociaciones de mujeres...son tantas a las que admiro, que ¡tendría que emplear todo un año para hablarte de ellas!. Me fui con la mochila llena de experiencias, conocimientos e ideales. El feminismo me mostró el camino que ahora transito.

Hoy continúo trabajando por la igualdad desde el Partido Socialista y el movimiento feminista. En la Comunidad Valenciana, mi tierra, hemos creado "Cultura per la igualdad", un círculo feminista que funciona como un espacio de encuentro y de reflexión. Como ves, continúo poniendo el alma, porque cada una somos como somos. Yo pongo alma a casi todo lo que hago en mi vida. No sé ser de otra manera, soy pasional como cuando estalla la traca Valenciana, y si no creo en algo, no lo hago. Probablemente si hubiera sido un poco más fría me hubiera llevado menos disgustos, pero me da exactamente igual porque por la noche me acuesto y duermo tranquila. Y al día siguiente me levanto con energía para comenzar de nuevo para trabajar en lo que creo. ¡Y cómo no voy a poner el alma, cuando

camino de la mano de amigas que te enseñan y te apoyan!. Como en la canción sólo puedo dar gracias a la vida, que me ha dado tanto...

Soy muy consciente del momento tan difícil que vivimos, pero pasará, y nosotras seguiremos, sin rendirnos, sin retroceder, sin desmayo... con el corazón en lo que hacemos y la razón de nuestra parte. Siempre adelante con el alma agitando nuestra causa.

3 de Diciembre de 2012

Rosa Peris
Secretaria igualdad PSPV-PSOE Valencia y feminista



*Este es un proyecto donde
distintas amigas nos han ofrecido
su experiencia, y con los hilos
de las entrevistas hemos tejido
el significado de las palabras
que os regalamos.*



Ayuntamiento de
FUENLABRADA
Concejalía de Igualdad